

dado, del cacique y del extranjero (sea alemán, norteamericano, inglés o italiano)<sup>(1)</sup> todas esas fuerzas vitales de nuestra población autóctona. Se entristece pensando en la gran nación que pudo haberse erigido con aquellas bases raciales que no tienen sustituto posible. Esta desentendencia, esta falta de patriotismo y de visión de nuestros dirigentes ha creado en el Perú algo así como una nación dentro de otra, ha formado una vida nacional con distintas pulsaciones y hasta extraña a esa otra vida que en nuestras repúblicas se llama *la política*, cuyo centro está en la capital y que es la única preocupación de nuestros hombres públicos.

Un país, pues, que había heredado todos los vicios del virreinato, que mantenía a la mayoría de su población en la ignorancia y lejos del beneficio de las leyes justas, y cuya clase dirigente sólo persiguió, como en los tiempos virreinales, el propio provecho sin pensar nunca en que había que hacer nación, tenía que desgastarse en guerras civiles. El rasgo característico del turbulento siglo que termina es el de las revoluciones. Lo que nos diferencia de otros pueblos hispano-americanos es que, a pesar de nuestra vida agitada, estamos relativamente más aptos para las formas democráticas puesto que las tiranías y dictaduras no duraban tiempo. Puede decirse que apenas aquéllas se producían eran traídas abajo. Y así nosotros no tenemos ningún Porfirio Díaz, ningún Francia, ningún Rosas, ningún García Moreno. No podíamos haberlos tenido a causa de nuestra resistencia innata a ser objeto del abuso.

Este síntoma, aunque no lava nuestros pecados, sin embargo nos honra. Si democracia significa control de los actos de una minoría por la mayoría, si democracia supone estar tras el menor acto del que gobierna y censurar e impedir los desmanes del poder usan-

do, si fuera necesario, los mismos medios que el poder tiene para imponerlos, claro es que países como los Estados Unidos por ejemplo, están muy lejos de la democracia, y más bien nosotros estamos prácticamente más cerca de la democracia que la gran nación yanqui. Aquí, en los Estados Unidos, el ciudadano cree que su único papel debe ser votar y nada más que votar; y el hecho del voto en este país no tiene más valor que el de autorizar sin saberlo, el libre curso del monopolio y el gobierno invisible de un pequeño número de jugadores de bolsa. La democracia no puede existir allí donde el ciudadano se retira voluntariamente y *deja hacer*.

Nuestro defecto estriba en el desaliento de la masa causado por el engaño del caudillo o gobernante: el pueblo abandona a la larga el papel que debe incumbirle controlando los actos de sus gobernantes, porque sabe que todos son iguales y ninguno merece su confianza. Aquí la causa del descrédito de la democracia está en la transformación operada por el factor inmigración. El pueblo que hizo la independencia y forjó esta constitución famosa que tantas naciones copiaron después: el pueblo cuyas instituciones vienen de la Carta Magna y del Common Law: el pueblo que admiraron y loaron los franceses Laboulaye y Tocqueville y el argentino Sarmiento, no existe. Hoy, cuando el norteamericano celebra el tricentenario de la arribada de los Pilgrim Fathers, festeja a padres que no son los suyos. Es el mismo caso de la Argentina actual, de la que puede decirse que es el menos hispano-americano de nuestros países. Así como en la Argentina no hay *argentinos*, en los Estados Unidos no hay *norteamericanos*; mientras en el Perú sí hay *peruanos*. En esos dos primeros países la inmigración ha sustituido a los originarios creadores de la nacionalidad. Y es esta la causa de la incompatibilidad entre los usos y costumbres; la política interior y exterior de esta nación norteamericana y el espíritu de su constitución.

Los extranjeros que miran desde lejos nuestras revoluciones consideran que ellas constituyen un signo de de-

cadencia. Para ellos una situación como la de Argentina o Chile, «donde no hay revoluciones», daría lugar a un mejor concepto de nuestros países. Méjico hasta la caída de Porfirio Díaz ha sido considerado como un gobierno modelo. Bunge, que casi está en la verdad y tiene un ojo muy observador, le prodiga, sin embargo, en ese libro valioso que se llama «Nuestra América», un aplauso aunque algo restringido, pero al fin, aplauso. Otro americano, García Calderón, escritor tan brillante como tan poco conocedor de nuestra sociología por el hecho de no haberla vivido, ha recomendado la oligarquía de tipo porfiriano como el gobierno ideal para América. Solamente uno de los más profundos escritores americanos, el Argentino Lucas Ayarragaray es el que percibió la realidad de las cosas con relación a Méjico, lo mismo que a los demás países del Continente. Cuando la dictadura porfiriana estaba en todo su apogeo, cuando nadie pensaba siquiera en la posibilidad de su derrumbamiento, Ayarragaray escribió: «Sólo cuando desaparezca de la arena el General Díaz, podrá Méjico echar la sonda y medir la profundidad de los males que una arbitrariedad tan sistemática y caciquesca, han inferido a su vitalidad, a sus fuerzas materiales y a sus destinos morales». Cuando por doquiera sólo se entonaban cantos al «progreso mejicano», Ayarragaray decía: «Es conveniente estudiar atentamente la vida política e intelectual de Méjico, para convencerse del retroceso experimentado en aquel país».

En la Argentina la influencia o mejor dicho, la sustitución del elemento nacional por el nacionalizado que es ese producto cosmopolita de la inmigración, ha cerrado el camino a las agitaciones características de otros pueblos hispano-americanos. Pero el presente estado de ese país no puede ser una satisfacción para el argentino que mire atrás. Cuando Levillier en sus «Orígenes argentinos» justifica y defiende a Rosas; cuando Ayarragaray proclama: «no somos todavía sino una expresión geográfica, casi sin unidad y sin los caracteres fundamentales de una entidad moral e histórica definida»; cuando Ricardo Rojas restaura el sentido del aforismo de Alberdi: *gobernar es poblar*; estos escritores del Plata, no hacen sino defender el antiguo abolengo y expresar la contrariedad que les produce el no poder exhibirlo.

En Chile hay una oligarquía que durará hasta que el pueblo chileno se dé cuenta de que ha sido y es explotado mediante el engaño patrioter de «la victoria del 79», aquella guerra de rapiña y de barbarie que hicieron al Perú las familias de la clase dirigente chilena tomando como instrumento de

(1) Entre las Compañías extranjeras que han amasado sus provechos con la sangre indígena, haciendo más desgraciada la triste condición del aborigen peruano y despojando las regiones del interior del país; citaremos a la Cerro de Pasco Mining Company, que después cambió su nombre por Cerro de Pasco Cooper Corporation (norteamericana), la Backus & Johnston Co. (inglesa), Casa Grande Zucker Plantagen (alemana), Tambopata River Co. (inglesa), Duncan Fox & Co. (inglesa), British Sugar Co. (inglesa), Grace & Co. (norteamericana), Hilbeck & Co. (alemana), Inca Mining Co. (norteamericana), Inca Gold Co. (norteamericana), Milne & Cia. (inglesa), London and Pacific Petroleum (inglesa), Graham Rowe & Co. (inglesa), etc., etc.

Esta lista es conveniente darla a conocer para mostrar que el extranjero no siempre es elemento de cultura en nuestras repúblicas. Llevar máquinas modernas; acabar con el poblador autóctono, y conducir al exterior las riquezas de su territorio, dejando tras de sí la desolación y la miseria, no significa contribuir al adelanto de ningún país. Es esto lo que Bryce no toma en consideración al censurar el régimen colonizador español. Todas esas lanas, todo ese algodón, todo ese azúcar, todo ese caucho, todos esos metales, todo ese petróleo que las compañías extranjeras traen a estos mercados, han sido obtenidos en forma criminal. Que en el siglo XVIII la corona de España no se estremeciera y se cruzara de brazos ante el informe de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa, podía tener perdón por las dificultades para hallar buenos funcionarios y para vigilar desde la metrópoli lo que pasaba en América. Pero hoy no podría justificarse en modo alguno el amparo de los mismos métodos que pesaron sobre la raza indígena durante el coloniaje.

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533